

Alicia Muro

HENNING MANKELL: ÚLTIMAS CONVERSACIONES

Indudablemente, la novela escandinava está ganando adeptos entre los lectores españoles de los últimos años. En particular me refiero a autores suecos de novela negra, en su mayoría, que han llegado a colarse en las listas de best—sellers de todo el planeta. Stieg Larsson, Åsa Larsson o Henning Mankell llevan años acaparando las lecturas veraniegas (aunque invitan más a las invernales) de infinidad de lectores europeos. Desafortunadamente, este octubre se cumplirá el primer aniversario de la muerte del autor holmiense Henning Mankell, quien no pudo ganarle la partida al cáncer, pues falleció en octubre de 2015 tras más de año y medio de lucha.

No sería descabellado afirmar que Henning Mankell basó gran parte de su colección literaria en la experiencia de la muerte. La muerte de otros, generalmente, ya que fue su detective Kurt Wallander el que le hizo merecedor del título de maestro del noir contemporáneo. Siguiendo el marco de la nueva novela europea, en la que podemos englobar al comisario Brunetti de Donna Leon o al sargento (luego brigada) Bevilacqua de Lorenzo Silva, Mankell también adentra al lector en el entorno personal del protagonista, en sus relaciones familiares, profesionales o amorosas.

Autor ecléctico, Mankell no solo cultivó la novela negra sino que también cuenta con obras infantiles e incluso teatrales. El último libro que publicó antes de fallecer se mueve por derroteros más filosóficos y nostálgicos. *Arenas movedizas* (Tusquets, 2014) da voz a las últimas reflexiones del autor sobre la vida y la muerte, el pasado y el futuro, tras conocer que padecía cáncer de pulmón.

El propio Mankell reconoce que *Arenas movedizas*, que prácticamente podríamos considerar como sus memorias intercaladas con diversos ensayos filosóficos, es un libro sobre “[su] vida. De lo que ha sido y de

lo que es”. El lector sufre con el autor el descubrimiento de su enfermedad, las sesiones de quimioterapia y las consecuencias psicológicas que estas le acarrearán. Aunque en un primer momento pueda parecer lo contrario, el último libro del escritor no es una obra sobre lo cerca que percibe la muerte, lo que deja atrás o lo que le ha quedado sin hacer. Definitivamente, no busca incitar la pena de su lector (aunque es posible que lo consiga). *Arenas movedizas* se adentra en el pasado, el presente y el futuro de la condición humana, a menudo relatando vivencias personales entreveradas con descubrimientos del pasado que, de un modo u otro, cuestionan el futuro de la humanidad. De este modo, la obra es tanto personal como universal, pues gran parte de ella está formada por las impresiones del autor sobre el ser humano a lo largo de la Historia, sobre lo que nosotros dejaremos detrás para futuras generaciones y lo que las pasadas civilizaciones han dejado como legado.

Personalmente considero que la obra está dividida en dos secciones que se intercalan constantemente. Por una parte, Mankell recuerda su infancia en el pueblecito sueco de Sveg, en especial cuando descubrió el concepto de identidad, que “yo soy yo y ningún otro”. Puede que, ahora que considera que el futuro es “territorio incierto, minado”, el autor necesite volver a tierras más firmes, como la infancia, o a otras experiencias que le han marcado a lo largo de la vida, de una manera u otra. Recuerdos de sus viajes a Buenos Aires, Salamanca, Portugal, la antigua Yugoslavia o Malta acompañan al autor en sus últimos momentos. También recurre frecuentemente a su experiencia como director del Teatro Avenida de Maputo (Mozambique), y elige como uno de los momentos más alegres y emocionantes de su vida el silencio sepulcral tras una representación especialmente simbólica de Lisístrata. Durante estas re-

flexiones no deja de lado la crítica social y política hacia la sociedad africana, principalmente; una crítica que también protagonizan sus thrillers policíacos.

La otra sección a la que aludía está formada por ensayos propiamente dichos, por reflexiones sobre el pasado y el futuro de la humanidad. El lector percibe la preocupación y obsesión constante del autor por el futuro que dejaremos a las próximas generaciones, en especial nuestra herencia. Mankell realiza un estudio del papel del arte a lo largo de la Historia de la Humanidad, reflexionando sobre la perduración de templos como el de Hagar Qim en Malta o las pinturas rupestres de los Alpes, comparándolo con el hecho de que lo único que perdurará dentro de miles de años de nuestra civiliza-

ción actual serán los residuos nucleares: “lo último que dejaremos detrás de nosotros es algo que escondemos para que nadie lo encuentre”. En este sentido, Mankell se interesa por intentar dar con una posible advertencia que sea reconocida por los hombres dentro de muchos milenios para prevenir del peligro de lo que dejamos oculto, explorando brevemente así el futuro lingüístico y semiótico de la humanidad.

Por lo tanto, durante los últimos meses de su vida, el autor deja de lado su dolor personal y las dudas sobre la perduración de su identidad (que también tratará) para centrarse en el papel del ser humano en general. Sus revelaciones sobre el legado artístico de nuestros antepasados parecen acentuar la insignifican-



cia del ser humano actual, que pasea por la vida de puntillas, sin dejar grandes huellas. Por eso mismo, el hecho de que lo que estamos dejando para las futuras generaciones sea algo que no queremos que sea descubierto preocupa al autor sobremanera y refleja los problemas de nuestra sociedad.

Los aspectos más dolorosos aunque valientes se encuentran en la propia lucha de Henning Mankell contra la enfermedad que le consume. El lector acompaña al autor en algunas de sus sesiones del tratamiento, pero no es capaz de compartir su optimismo completamente. En cierto modo, es doloroso asistir al convencimiento del escritor de que ganará la partida, ya que el lector es consciente del final de la misma. Afirmaciones como "Pero yo no pienso morirme. [...] Todavía me falta mucho por hacer" acentúan el carácter luchador de Mankell.

Arenas movedizas es, en conjunto, el reconocimiento de Henning Mankell de que ha llevado una vida extraordinaria. El autor es consciente de que aunque haya vidas insignificantes, la suya no es una de ellas. Su influjo en la literatura actual es evidente, al igual que en las vidas de los que se han cruzado en su camino. Para esta lectora al menos, el hecho de que Mankell considere que su vida, aunque corta, haya merecido la pena, es reconfortante. Sobre todo en el mundo de incertidumbre en el que vivimos.

